



Vitomil Zupan

MINUÉ PARA GUITARRA

(EN VEINTICINCO DISPAROS)



Vitomil Zupan

Minué para guitarra

(en veinticinco disparos)



sajalín editores

Capítulo 1

Se oye el chirrido de unos frenos mal engrasados.

El tranvía se fue deteniendo. Verde y blanco, los colores de Ljubljana. De la ventana del segundo piso de una casa al otro lado de la calle pendía provocativamente una bandera roja con la esvástica negra sobre un fondo blanco.

Hay que ir a las colinas.

Aquel dorado y frío octubre de 1943. Los colores pastel del suburbio resplandecían a la cálida luz del sol. Los movimientos de la gente, de los coches y de los caballos uncidos a pesados carros eran fluidos, sin interrupciones. Como si cualquier prisa excesiva pudiera levantar sospechas. Débiles rumores alcanzaban discretamente el dulce silencio de la tarde. Y uniformes de un verde intenso, extranjeros, avanzaban con lentitud por la acera. Distinguí la silueta de un oficial alemán que lucía con presunción una gorra con una visera negra brillante. Algo en aquel conjunto verde, negro y plateado llamaba la atención. El oficial miró a Marjana, que había subido conmigo al tranvía; después me echó una ojeada a mí, con una mirada altiva y desdeñosa. Unos sesenta y cinco kilos. Con mi gancho de izquierda lo podría haber derribado como a un muñeco de paja. En la pistolera, bonita y de piel negra, tenía muy probablemente una Mauser Reiterpistole 7,35, a juzgar por el largo cañón del arma. Alcance de mil metros. ¿Por qué diablos se había dado la vuelta? *Hay que ir a las colinas.*

Marjana y yo subimos los peldaños del tranvía (ella no había visto al alemán; con los dedos me rozó ligeramente la mejilla). Nadie

tenía prisa. Volví la mirada hacia una casa de un color arenoso cuyas ventanas cerradas reflejaban el brillo del sol. Pasaron tres hombres con ropa de trabajo empujando una especie de escenario muy alto, una especie de balcón con parras o algo parecido.

El tranvía avanzó. Marjana me miraba con los ojos muy abiertos. Su azul claro se veía empañado de alguna preocupación, ¿o era un mal presentimiento?

No pude sostenerle la mirada. En el camino que yo había elegido no había espacio para grandes preocupaciones, nefastos presentimientos, recuerdos desgarradores ni tampoco ternura. Fue un error haber dejado que Marjana me acompañara en el tranvía. A partir de aquel momento iba a empezar otra vida. Miré alrededor y vi las calles, las casas, los peatones, los uniformes, aquel escenario que se alejaba... estaba presenciando una leyenda. Una leyenda de la que tenía que escapar, y Marjana formaba parte de ella. Todo aquello me recordó al cuadro de un pintor holandés: la imagen de la calle y los árboles, las procesiones con las pancartas, e incluso un perro que nos miraba.

¿Estaba oyendo en realidad el eco de una sirena o solo me lo parecía?

—¿Cuándo volverás? —preguntó Marjana a media voz. El vestido azul ajustado, el cuello blanco, la leyenda.

Había gente por doquier; gente que andaba, hablaba, se iba, llegaba, aparecía y desaparecía ocupada en diversos recados: hombres, mujeres, ángeles, robots, huérfanos, bestias... los justos, las víctimas y los verdugos. El ruido de la sirena y esa explosión de vida podían enloquecer a cualquiera.

—Mira —le dije a Marjana, intentando ocultar mi nerviosismo—, precisamente por este camino las legiones romanas llegaron a Emona desde el Sur, y también las huestes asiáticas pasaron por aquí cuando invadieron la península Apenina.

—¿Cuándo volverás?

—Por aquí pasaban caravanas de mercaderes...

—Quizás no vuelva a verte nunca más.

—También en la última guerra, la del 14, marcharon tropas por aquí.

El tranvía se detuvo. La multitud de pasajeros empujó a Marjana hacia mí. Noté sus pechos y sus muslos. En un momento percibí todo su cuerpo de la cabeza a los pies. También leyenda, aunque no apareciese en el cuadro del pintor holandés.

El tranvía reanudó la marcha a trompicones, y eso hizo que me acercara aún más a Marjana. Le dije en voz baja:

—El camino también sigue el que antiguamente hacían las aves migratorias...

Eso tal vez no le gustó. Quedaba una parada. Nada me obligaba a vivir en el pasado. El presente iba a empezar allí fuera, entre alambradas, búnkeres y barricadas. Reviviremos estos momentos en el pasado.

Mariposas en el estómago. El mismo nerviosismo de antes de jugar un partido.

—Mejor que nos despedamos ahora, Marjana. No te vuelvas a mirarme. Vete. Que nadie sospeche nada. Piensa que me he ido de expedición a los bosques antiguos para explorar los rápidos del río Sin Retorno. Ningún uniformado lo entendería. Si me cogen los alemanes, me defenderé lo mejor que pueda; con mi mejor alemán les explicaré cuánto me interesa la relatividad de todos los fenómenos. Escúchame, Marjana: cuando bajemos, que cada uno vaya por su cuenta y sin decir palabra... si es que te tomas en serio a las aves migratorias.

Me vino a la cabeza una broma justo en el momento menos apropiado. Podría haber estallado en una carcajada.

—Quizás debiese reconsiderar mi nacionalidad, al menos una vez. Para los italianos somos *schiavi*; para los austríacos, perros de Vindisarja; para el resto de Europa, balcánicos; para los balcánicos, austríacos; y para la mayoría del mundo, algo entre Turquía y Checoslovaquia.

... se oyó un cañonazo desde el castillo de Ljubljana (probablemente dirigido a los bosques de Mokrec y Krim)...

... y el tranvía se detuvo en la última estación. El conductor sacó la manivela.

Al bajar del tranvía acaricié la larga cabellera rubia de Marjana, y después salté a la acera, giré a la derecha y me fui sin mirar atrás. Cada paso me acercaba a un presente al que me tenía que enfrentar. Un presente con cara y ojos de raposa. A lo lejos había un hombre gordo con los labios gruesos. Y más allá un centinela. Alambre de púas, fortines, barricadas, y más adelante, un tupido roble cuyas hojas comenzaban a marchitarse. El funcionario echó una ojeada a mi salvoconducto falso y me clavó su penetrante mirada.

Hay que ir a las colinas.

Vestido con elegancia (chaqueta de *tweed* a medida, pantalones azul oscuro, zapatos de piel suave, corbata de un amarillo chillón que en aquella época habría sido la envidia de todos) y con las uñas lacadas (era aficionado al póquer), me dirigí hacia el roble frondoso y dejé atrás la alambrada. Contuve la respiración. Adiós, Ljubljana.

Avancé varias decenas de metros por la carretera principal hasta la bifurcación que conducía al lugar indicado, al punto de reunión. Sentía como si mi cuerpo se hubiera librado de unas cadenas, pero en el alma notaba el peso helado de la prudencia. Fijé la mirada en la carretera, sin perder de vista lo que sucedía a mi alrededor.

A la luz del ocaso, un carro tirado por un caballo avanzaba en dirección contraria a la mía. Y a mi derecha, una mujer con una mochila a la espalda volvía de la ciudad. Delante de una casa, unos cuantos niños jugaban como si no estuviésemos en guerra. También vi tres chicas con cestas y un señor con el abrigo desabrochado. Dos soldados alemanes, con el fusil colgado del hombro derecho de cualquier manera, bromeaban. Uno de ellos soltó una gran carcajada. Tenía el pescuezo quemado por el sol, aunque justo por encima del cuello de la chaqueta le asomaba una franja de piel blanca. No se había bañado ni había tomado mucho el sol aquel verano. Ninguno

me miró cuando pasé por delante de ellos y por su acento deduje que eran del norte de Alemania. Continué adelante a un ritmo normal, aparentemente despreocupado. Pero permanecía alerta al menor sonido, atento a cualquier brizna de paja. Del bolsillo de uno de los soldados me llegó un sonido metálico, un breve tintineo, como si su navaja hubiese golpeado otro objeto metálico, un plumín o quizás un encendedor. Vi el humo azul que se elevaba serpenteando desde la chimenea de una casa baja. El polvo en las hojas de un manzano que había junto a la carretera. Unos pasos más allá de unos niños que jugaban con piedras a la bocha, otro niño flacucho permanecía inmóvil, observando a un caballo uncido a un carro. El conductor estaba sentado, casi encorvado del todo. Una nube alargada avanzó a través de la suave pendiente de una colina. Un viejo quemaba mala hierba y basura en su jardín. Se oían martillazos al otro lado del muro. Seguro que había un taller en la parte trasera de la casa.

Qué poco sabía de lo que me rodeaba. Y qué poco sabía del planeta en el que vivía. En algún recodo de algún bosque antiguo la vida seguía su curso, la naturaleza luchaba por la existencia. Una enredadera arrancada por un huracán; un árbol alto amenazado por una borrasca. En el ancho mar el plancton se adentra en las mandíbulas de una ballena. Se bombardean ciudades y nudos ferroviarios. Un submarino torpedea un convoy marítimo. Tormentas de arena azotan los tanques ingleses y alemanes mientras sus cañones escupen proyectiles. Un pájaro trina en un parque destruido. Hay soldados que caen abatidos por las ráfagas de las ametralladoras. Y otros que consiguen irse de permiso y el índice de natalidad se dispara. Teléfonos, telégrafos, servicios informativos, emisiones radiofónicas. Gritos de heridos. Cantos a coro. Blancos glaciares bajo el débil sol del Ártico. Un oasis en el desierto. Jinetes en la sabana. Discursos estridentes de los vencedores. Controles en las carreteras y campos de concentración ocultos a los ojos del mundo. Las notas de una guitarra. Un pájaro cantor muerto en una trampa. Granadas. Chalecos a prueba de bala. Lavanderas en la orilla de un río. Fábricas. Carreteras. La lluvia

que cae sobre la granja de una colina. Alguien que reza en una oscura iglesia vacía. Un niño que muere de hambre en una cabaña abandonada. Todo al mismo tiempo.

Con gran esfuerzo, gracias a todos sus conocimientos y a su imaginación, el hombre abandona el medio que lo oprime y avanza en todas direcciones. Primero, la Tierra. Luego todo lo que existe, todo el tiempo y el espacio, todo el universo. Después vuelve aquí y a todo esto. A las peligrosas intermediaciones. Y de nuevo se habitúa al viento, el agua, el laberinto terrestre, el volcán en erupción, las constelaciones. ¿Es todo esto lo que le pasa a un hombre por la cabeza cuando lo ponen frente al muro ante un pelotón de fusilamiento? Quizás en ese preciso instante percibe lo sucedido en cualquier lugar y en cualquier momento, y toma conciencia de ello. De todos los pensamientos, sentimientos y movimientos del hombre; de toda la savia que circula por las plantas, de la agitación de las criaturas más diminutas, escondidas bajo la corteza de los árboles; de los guijarros que avanzan rodando por el lecho de un río desbordado. Para luego volver repentinamente a la tierra, a lo que en ese momento le rodea y a su destino inminente. Pero ¿de qué le ha servido el escapismo, la introspección? Nos entregamos a nuestro propio conocimiento de lo que ha de ocurrir. Los recién nacidos sacrificados por orden de Herodes no intentaron huir y se dice que los caballos huelen la muerte de camino al matadero. Pero a los hombres se les ha concedido la capacidad de prever su destino, y el tormento y esfuerzo innecesario ligados a ello. La conciencia, el conocimiento, la percepción. Ver, oír, tocar, oler, saborear, percibir, pensar. Al principio todo esto servía para cazar y luchar, para conseguir comida y salvar la vida. Pero más tarde se desarrolló en un campo desconocido llamado civilización. Filosofía e ideas. Conflictos de ideas. Disputas ideológicas. La invención de la pólvora. Las escopetas. Los cañones. Las bombas. La máquina de vapor.

Toda la vida en una gota imprecisa de percepción.

En una época como esta, los hombres deben tomar partido; no pueden huir a los Jardines Colgantes de Babilonia. Es una guerra a

vida o muerte entre diferentes tipos de personas. También yo pertenezco a un ejército. De nuestra parte está la justicia; de la de ellos, la injusticia. Aunque estas palabras también se repiten a menudo en su bando. Los hombres deben tomar partido y compartir el odio hacia el enemigo. No se trata de una expedición a los rápidos de un río perdido en el corazón de África. Y si alguien no se integra en un bando o en otro, las cosas se van a poner difíciles. Ante un pelotón de fusilamiento, se preguntará por el estado de gracia de sus verdugos. Ante la tortura, se dirá que su situación es ridícula observada desde la galaxia. Está condenado a ser siempre y en cualquier lugar la víctima, nunca el conquistador, nunca el vencedor. Quizás haya épocas en las que se valore a estas personas, pero no ahora. En los últimos capítulos de *El Príncipe*, Maquiavelo expone unas sabias reflexiones en la misma línea: «Es feliz aquel —escribe— que actúa en armonía con el espíritu de su época, así como es infeliz aquel que vive en contra de esa naturaleza».

Si no controlo y oriento mis sensaciones, si no aprendo a pensar tal como lo exigen los tiempos, tal vez yo mismo llegue a sentir la verdad de las palabras de Maquiavelo. Niccolò también dijo, con mucha lucidez, que el destino prefiere servir a los fanáticos que a los calculadores imperturbables. ¿Cómo jugaría un futbolista si se parase a pensar en lo que realmente hace, es decir, perseguir en tropel una pelota de cuero? ¿Y qué sentido tiene eso visto desde la inmensidad de los tiempos y la infinitud del espacio en el que giran las estrellas? Me viene a la memoria la pelea que perdí estúpidamente contra un alemán antes de la guerra. Mientras él lo daba todo en cada golpe, yo iba pensando en la diferencia entre una carrera de ochocientos metros y un combate de boxeo, y Dios sabe qué más. Me movía como un autómatas y perdí por puntos. ¿Y por qué, en cambio, derribé a tantos otros en peleas de taberna? Porque actuaba por instinto.

Cerca de la carretera había un montón de basura y un enjambre de moscas revoloteaba encima. Al género de las moscas cabe añadir el de las hormigas, las abejas y las termitas. En mi imaginación repasé todas las criaturas del mundo animal. Su vida no cambia con el

paso del tiempo, solo la especie humana cambia su manera de vivir. En cada instante, el hombre debe entenderlo todo, pero concentrarse únicamente en ese retazo de experiencia que le asistirá en el camino que le espera.

*Allons enfants de la patrie,
le jour de gloire est arrivé...*
Adelante, hijos de la patria,
el día de gloria ha llegado...

Ahora cantemos todos en voz baja. No muy lejos de aquí están los que por la noche prefieren cantar «Lili Marlene».

Aún más bajo: «Levantaos, esclavos, de esta oscuridad...»

Una mosca me zumbaba en el oído. Los soldados con uniformes verdes no cazan moscas. Desprecian a las moscas, a los italianos que capitulan, a sus propios colaboradores que no son arios. Son la Raza Superior, un pueblo con una sola idea personificada en su Führer.

Ah, vientecito, pasa
por las montañas altas,
donde los chicos eslovenos
luchan por su casa.

La casa mostraba sus costillas; el enlucido se había caído a pedazos dejando al descubierto unos ladrillos rojos. La puerta estaba cerrada y las ventanas rotas, como si nadie viviera allí.

Allí arriba, en las montañas, cantan las ametralladoras,
el soldado alemán lo pasa mal.
Quería una cruz de acero,
y ahora ha recibido una cruz de madera
para la tumba, Lili Marlene...
para la tumba, Lili Marlene...

En la clase de francés, tuvimos que leer anécdotas sobre Napoleón. No sé por qué río navegaba cuando, siguiendo su costumbre, sorprendió a un joven oficial de su escolta con la siguiente pregunta: «¿Cuántas águilas sobrevuelan este río?». El joven oficial disparó su respuesta: «Una sola, Señor». Los soldados deben ser astutos, rápidos, leales. ¡Hurra! Y aquel oficial era un soldado profesional.

«Vamos a ganar la guerra», había dicho el buen soldado Švejk, que era recluta.

Y yo era voluntario por segunda vez. La primera había sido tras la invasión alemana y había terminado vergonzosamente. Sí, en Zagreb fuimos el hazmerreír de aquellos pálidos jóvenes alemanes que, encaramados en los tanques con sus oscuros uniformes militares, comían galletas con margarina y mermelada. Por la calle principal de la capital de Croacia entraron aquellos hijos de la patria para ocupar otro país. Nosotros nos limitamos a mirar mientras nos preguntábamos cómo íbamos a volver a casa.

Así, muerte al fascismo, así es como hay que pensar.

Las abejas estaban animadas, las veía en los rosales; sus alas brillaban al sol. En aquella falsa tranquilidad sentí una llamada, una exhortación o, quizás, una urgencia. ¿Por qué tomar precisamente este camino para alcanzar un objetivo ya señalado? Detrás quedaba el pasado, enredado en barricadas y alambradas, y ante mí se anunciaba el futuro, donde algo se movía, ¿o no era más que una impresión mía? Algo estaba pasando en aquel día tan claro. Más allá, hacia el sur, quizás arreciase una tormenta; allá, en los bosques, en las montañas cubiertas de neblina. Este atardecer también desembocará en la noche. ¿Cómo volvería a la ciudad? ¿Encadenado? ¿Igual que la otra vez? ¿O a caballo? Llegará el invierno y la nieve lo cubrirá todo. También mis recuerdos. La chica que avanzaba delante de mí tenía las piernas bonitas, y también una bonita melena. Sus caderas se balanceaban al andar y miraba hacia delante. Era una verdadera belleza, pero en aquel momento eso me traía sin cuidado. Un pedazo de

diario en el borde del camino. *EL ESLOVENO*, escrito así, en mayúsculas. Allí está el río. Allí, el puente. Hay que atravesar el puente y girar a la izquierda hacia la posada La Rana. La inocencia de un momento. Y, con todo, cierta tensión en el aire. Equilibrio entre pasado y futuro. Es extraño, todo es como debería ser.

Y, sin embargo, aquí estamos, avanzando hacia la guerra. En otros tiempos se solían hacer ejercicios espirituales antes de ir al frente o se recurría a la bebida para no perder la alegría. ¿Cómo es que ahora lo hacíamos sin ejercicios espirituales ni físicos? Partíamos en silencio, con documentos falsificados y un salvoconducto para los nuestros, una pequeña tarjeta cosida en la ropa. Un secreto que podría costarnos la vida. Pero la guerra siempre ha existido, y nuestros ancestros, nuestros abuelos y padres, también han caído combatiendo. Homero nos habla de la guerra, igual que las epopeyas indias y las leyendas y poemas chinos. Los documentos más antiguos de cualquier civilización describen guerras, rebeliones, conflictos y batallas. Refiriéndose a Lucifer, el profeta Isaías afirmó: «Lucero de la mañana, cómo has caído...». A lo que Lucifer respondió, según nos dicen: «Me elevaré hasta el cielo... y entre las estrellas de Dios Todopoderoso levantaré mi trono para reinar en la Montaña del Señor». El Apocalipsis de San Juan recoge la batalla de San Miguel y sus ángeles contra el dragón y cómo luchó el dragón. Los titanes se alzaron contra el orden establecido, contra Zeus, rey de los dioses, e invadieron el Olimpo, su morada. Y setecientos años antes de Cristo, el poeta Hesíodo relató la historia de Prometeo, que robó el fuego del Olimpo y se lo entregó al hombre. Recuerdo las leyendas de las islas del océano Pacífico, que describen la rebelión que se desató en los cielos después de que Dios pusiera estrellas en el firmamento y cómo Dios aplacó a los rebeldes con relámpagos y los lanzó a la tierra, condenándolos, desde entonces, a luchar entre ellos, hombre contra hombre, pueblo contra pueblo, animal contra animal, peces contra peces. *Homo homini lupus*, el hombre es un lobo para el hombre. Esta antigua sentencia me ha venido varias veces a la mente. En alguna parte se hace referencia a

Jehová, el Dios de los antiguos hebreos, como Sabaoth, Señor de las Huestes. Y algunos filósofos afirman que la guerra es el estado natural del hombre. Así que aquí estoy, adoptando mi estado natural. Me voy a la guerra. Y estos pensamientos me los tomo como mis primeros ejercicios espirituales, aunque la guerra ya hace tiempo que dura.

En la ciudad ya había luchado, igual que ahora lucharía fuera. Pero en la ciudad llevaba unos pantalones planchados —que ahora examino con ojo crítico—, zapatos de piel suave y un sombrero ladeado. Pese a todo, nos convertíamos en soldados al caer la noche. Pero ahora era diferente. Avanzábamos para unirnos a las tropas, al ejército verdadero, que iba tomando forma en las montañas que se levantaban hacia el sur. Atravesé el puente y observé la corriente. «Fluye libre de alambradas», me dije.

Pasado el puente vi un edificio, un letrero que decía «Posada La Rana» y también uvas. La mujer que iba delante de mí se detuvo ante la puerta y me miró. Tenía los ojos de un azul grisáceo y parecía desconfiar de mí. Entré en la posada y me dirigí al bar. Una camarera robusta le llenaba lentamente el vaso a un hombre que permanecía apoyado en la barra. Igual que yo, llevaba un periódico en el bolsillo izquierdo. Me cambié el periódico de bolsillo, la señal acordada. En aquel momento, entraron dos viejos soldados alemanes con expresión aburrida y pidieron vino. En un rincón había un hombre sentado leyendo un periódico. Todos los presentes, excepto los alemanes, podrían haber sido voluntarios dispuestos a partir. Puede que fuésemos varios en la misma situación. Pero no lo sabíamos. Otro hombre salió del lavabo y pidió una copa. Yo también la pedí, con todo el desenfado que pude. Los soldados ni siquiera me miraron. Me bebí el vino despacio y continué con mis ejercicios espirituales, puesto que no tenía nada más que hacer. Observé las manos de todos los que había allí. Por lo que vi, los alemanes eran simples obreros. Apuraron sus vasos con rapidez y se marcharon.

Aquel momento y aquel lugar queapestaba a vino rancio se me han quedado grabados en la memoria. Nunca sabes dónde te aguarda

una sorpresa. ¿Quién era el hombre de ojos vivos que acababa de entrar? En aquellos tiempos alguien podía sentirse molesto por tu nariz, tu ropa, tu mirada; quizás por tu manera de andar, tu postura, o la forma de encenderte un cigarrillo. En realidad, nada dependí de mí. ¿Cuándo y a dónde iba a ir? ¿Cómo y con quién? Otros lo decidirían por mí. Ya no llevaba el timón de mi destino.

Nuestro camino siguió por los páramos de Ljubljana. Un camino que aquella tarde resultaba agradable a los pies. Un camino que habíamos tomado cinco personas. Encabezaba la comitiva Janez, el guía; Vesna avanzaba tras él y Miško, a su lado. A continuación, iba yo, y, en último lugar, un extraño vestido de negro, de semblante inexpresivo, que permanecía callado y parecía retraído. Cinco personas habíamos tomado el mismo camino, tres hombres que cargaban cestos y una mujer con una bolsa de red llena de lecheras.

Janez se dio la vuelta y dijo:

—Tenéis que continuar hablando con normalidad, en voz alta, sin afectación. Como hablaría un grupo de personas que van al pueblo a comprar leche.

Y al cabo de un rato, algo nervioso, añadió:

—¡He dicho que habléis!

El término *informe* no sirve para describir árboles, arbustos ni paisajes. Cada roble tiene su forma; cada uno de los abetos que bordean las carreteras también. Cada arbusto tiene unas características y por eso decimos que esto es un avellano, eso un endrino y aquello, un enebro. Pero los fragmentos de vida no tienen forma definida. La masa de cosas que vemos, pero también la masa aún mayor de cosas que nos pasan desapercibidas. ¿Qué forma tiene aquel instante? ¿Se parece a una puesta de sol? ¿Al olor intenso del aire fresco? ¿Al rumor de los pájaros que alzan el vuelo? A nuestro lado, un pájaro salió volando desde un arbusto y se adentró en la profundidad de los bosques. Los sentidos humanos tratan de entender el entorno en el que se encuentran, pero están atrapados en un cuerpo que camina, se

mueve y avanza hacia un objetivo concreto. Si es que realmente existe ese objetivo. La escopeta apunta a un blanco, tanto si acierta como si no. También se dice que la vida humana está encarrilada o va por el mal camino. Por lo general apuntamos una flecha hacia algún sitio. ¿Es el hombre una flecha con blanco o sin él? Veo una nube de flechas disparadas al cielo y a la juventud que las lleva hacia el sol. Pero giran, se detienen, caen al suelo. Primero el objetivo era el sol, luego se produjo el cambio de sentido y ¿a continuación? La caída. Una caída veloz. ¿Acaso hay algo más?

Atrás quedaban el suburbio, el control de carretera, las alambradas, los guardias. Habíamos cruzado nuestro Rubicón. Pero el ritmo de los acontecimientos era demasiado lento para el optimismo que sentía en aquel momento. ¿Cómo podría definir mi actitud hacia el futuro inmediato? Era muy diferente a cuando iba a esquiar o a recorrer el mundo; a cuando salía al cuadrilátero, escalaba montañas, iba caminando a las clases de literatura o en bicicleta a la playa. En aquellas ocasiones podría haber tomado otro rumbo. Pero no ahora. No había vuelta atrás. Ante mí se extendía lo desconocido y una cierta predestinación severa, rígida. La voluntad, mi voluntad, había desaparecido. Más allá, en alguna parte, estaba la ansiosa Alemania. El horror del frente. Y en el sur, la Italia que ya había capitulado. Más lejos todavía se encontraban los americanos, los rusos, los ingleses y, por supuesto, los japoneses. Mientras nosotros, allí, seguíamos avanzando por un camino bordeado de árboles junto a una zanja cubierta de plantas cenagosas. Avanzábamos bajo la bóveda celeste, acompañados por el sonido de algún disparo lejano, por la visión de un escarabajo aplastado. Sin dejar de hablar. Janez, el guía, nos había dicho que nuestras cosas estaban en el pueblo, que las habían llevado hasta allí unos días antes. Me sentía débil e indefenso sin ningún arma en el bolsillo. No llevaba nada conmigo. Lo había enviado todo por adelantado. Estaba solo, allí, a merced de los acontecimientos que estaban por venir y sobre los que no tenía ningún control. Bueno, era algo a lo que tenía que acostumbrarme.

Mi imaginación quería funcionar tal como estaba habituada a hacerlo. Sin embargo, aquello no era una excursión escolar para niños aplicados. Me encendí un cigarrillo y les ofrecí otro a la pareja que iba delante de mí, pero lo rechazaron. Se lo ofrecí a aquel tipo extraño que caminaba detrás de mí, pero se limitó a sacudir la cabeza como sorprendido por mi atrevimiento. Vestido con aquel traje viejo de color negro, no encajaba ni con nosotros ni con el paisaje, aunque nos servía de camuflaje. Extraño mochuelo de mejillas pálidas. Se parecía más a un sacristán que a un futuro soldado.

Los tres que iban delante mantenían una animada conversación. Cuando el camino se ensanchaba, avanzaba hasta situarme a la izquierda de la chica, pero luego volvía a quedarme atrás. El hombre de negro, sin embargo, no mostraba el más mínimo interés en establecer ningún contacto. Miško hacía lo posible por hablar con la chica que caminaba a su lado, pero ella solo tenía ojos para el guía. No paraba de inclinarse hacia delante para escuchar mejor lo que él decía. Se notaba que Janez conocía perfectamente aquel camino. ¿A cuántos, antes que nosotros, habría llevado «a los bosques»?

Vesna se movía con paso ligero. Tenía las caderas bien torneadas, las piernas largas y una figura esbelta. En cualquier otro lugar del mundo habría despertado mi interés y nos habríamos llevado bien, de eso estoy seguro. Pero aquí toda su atención estaba puesta en el guía del grupo, el líder de la tropa, y, a su lado, yo no era nada. Me invadió el sentimiento de autocompasión propio del macho solitario en medio de un rebaño. Vesna ignoraba todo lo que había hecho en la ciudad. Para ella no era más que un principiante, un recluta, un novato, sin ningún valor. ¡Ja! ¡Si supiera cómo desarmábamos a los soldados italianos cuando caía la noche! *¡Mani in alto!* Venga, dame el fusil. Sin prisas. Y ahora sigue caminando lentamente. Los alemanes no habrían sido tan obedientes. Y a un alemán tampoco lo coges desprevenido y le clavas un revólver en la espalda con tanta facilidad, eso es verdad. Pero es que los italianos no creen que esta sea su guerra.

Un señorito de ciudad, eso es lo que Vesna debía de pensar de mí. No habría podido imaginarse por qué llevaba las uñas lacadas. Mi querida niña, ¡si hubieses sabido cuánto dinero del mercado negro había pasado por estos dedos para ir a parar a las arcas de nuestra organización! El póquer es un juego bonito, pero se hace aburrido cuando te dedicas a sacarle el dinero a alguien para ponerlo en otro sitio. La víctima no entiende el juego; se pelea, se defiende, se sorprende, no sabe cómo retrasar lo inevitable. ¿Quién ha ganado algún juego de azar después de caer en las garras de un par de profesionales?

Su nuca suave y bronceada era una provocación descarada. Con cada paso, sus largos cabellos sueltos sobre la espalda descubrían y volvían a cubrir un triángulo de piel.

El camino se ensanchó y empezó a serpentear bajo el espeso ramaje de un bosquecillo. Me puse a su altura e hice alguna observación, pero no me hizo caso. Miško también fingió que no me había visto ni oído. De nuevo me quedé rezagado. Le lancé una mirada al hombre de negro, a ese que parecía haber regresado del otro mundo. ¿Es que no sentía interés por nada? Quizás estaba terriblemente asustado.

No había manera de matar el tiempo. Era consciente de cada uno de mis pasos, de cada centímetro que avanzaba de acuerdo a un plan que se me escapaba.

—*Halt!* —resonó una voz metálica.

Un soldado alemán apareció de detrás de un arbusto. Nos apuntaba con su automática. Había otros dos soldados a sus espaldas y los tres llevaban capas de camuflaje.

Nos detuvimos con un poco de brusquedad. Di un paso adelante y me puse al lado de la chica y de Miško.

—¡Los salvoconductos!

—¿Dónde vais?

Janez les respondió en un vacilante alemán:

—Al pueblo, a buscar leche.

Intervine en la conversación, puesto que mi alemán era algo mejor.

—No hay leche en la ciudad, y tampoco nos vendrían mal unos huevos.

El jefe de la patrulla examinó nuestros documentos falsos, nos miró atentamente uno a uno, nos devolvió los papeles e hizo un gesto rápido con la mano para indicarnos que siguiésemos adelante.

Me sentí exultante.

Vesna se puso a explicarnos que la habían detenido, interrogado y golpeado. Apenas hacía dos días que la habían dejado salir; no habían podido probar nada.

—¿Cómo es que te soltaron? —le preguntó Janez.

—Sencillamente no sabían a quién habían encerrado.

¡Qué importantes éramos, desde luego!

—Me estuvieron azotando toda la noche —continuó—. Tengo marcas y moratones por todas partes. Pero no dije ni mu y me tuvieron que soltar. También los demás aguantaron.

Hablaba como una combatiente experimentada.

—¿La Gestapo? —le preguntó Miško.

—No. Los Blancos. La policía. Me denunció alguien de la casa. Ya sabemos quién es y lo tenemos en la lista. ¡Cerdo malnacido!

Aunque nadie estaba especialmente interesado, ella continuó:

—¡Un pensionista! Un hombre muy cortés. ¡Menudo mojigato!

Me encendí otro cigarrillo, pero esta vez no le ofrecí tabaco a nadie. Miško nos explicó cómo lo habían liberado. Había ocurrido unos meses antes. Lo tenían encerrado en algún sótano cuando llegó la noticia de la capitulación de Italia. Una mañana lo echaron a la calle. En las paredes habían escrito con sangre lo que habían hecho y a quién, los nombres e incluso algunos eslóganes. Tampoco teníamos demasiado interés en su historia. Todos éramos combatientes leales, todos habíamos hecho méritos. Y ahora íbamos a recoger nuestras condecoraciones, doradas y relucientes. Un hermoso castillo para cada uno. Un lugar donde esperar el triunfal término de la guerra. Porque el final no podía estar muy lejos. Italia ya había capitulado.

Desde la lejanía nos llegaron ráfagas de metrallas, algunos disparos sueltos, otra ráfaga, más disparos, y de nuevo el silencio. Detonaciones y chasquidos, bombas y metrallas, otra descarga y silencio.

Arranqué una hoja de un arbusto, una hoja fresca de avellano, todavía con vida. Se veía claramente cada nervio, cada célula. ¿Puede que en aquel momento hubiese alguien más en el mundo completamente absorto en una hoja de avellano? Y no obstante hay algo enigmático en una sencilla hoja.

Llegamos a un claro.

Más allá, se distinguía un pueblo, pero no había ningún indicio de vida. Campos, prados, hileras de sauces. Casas entre los árboles.

Nos recibieron en una granja. Tres de nosotros nos sentamos a la mesa, y el hombre de negro se sentó en una silla cerca de la ventana, con las manos en los bolsillos y la mirada perdida. Janez nos pidió que esperáramos y salió con el granjero sin decirnos adónde iba. Dos mujeres con ropa de faena nos miraron y salieron. No sabíamos nada; ni dónde estábamos, ni a qué esperábamos, ni qué iba a pasar ni cuándo. A nadie parecía importarle si teníamos sed, hambre o ganas de ir al baño.

Vesna y Miško eran los únicos que hablaban. Tal vez se conocían de antes; al menos tenían un amigo en común llamado Boris. Boris iba a venir aquella misma semana. Boris había dicho que estaba en Dolenjska, donde los nuestros limpiaban el terreno y se habían apropiado de armas y munición, cañones del ejército italiano y también tanques.

Me levanté para salir. Vesna me lanzó una mirada severa.

—No pueden vernos fuera, lo ha dicho Janez.

Ah.

—¿Ha dicho también que no podemos salir de esta habitación?

Por el patio vacío pasaron unas gallinas.

Un completo extraño en un patio extraño en Dios sabe dónde. En la lista de rangos, yo era quizás el penúltimo, solo por delante

del hombre de negro. Incluso las gallinas me ignoraban. Tras la valla, un árbol también me ignoraba. Más allá, la ciudad que había dejado atrás y, junto a ella, todo mi pasado.

Pero ¿por qué la noche anterior había sido tan cuidadoso a la hora de bañarme? ¿Y por qué me había puesto ropa recién lavada? Una cierta sensación de despedida me dominaba. Al día siguiente iba a empezar una nueva vida, una vida libre, una guerra abierta.

¿Cuántas veces había intentado unirme a los partisanos durante la ocupación italiana? ¿Y cuán difícil era cada vez el regreso a la pesadilla de la ciudad ocupada?

En dos o tres ocasiones había salido por la noche, después del toque de queda. Nos reuníamos en una posada fuera de la ciudad, donde bebíamos y jugábamos a cartas hasta el toque de queda, y después nos íbamos a la cocina de la señora Marta para esperar a Stojan. Este observaba los controles y venía a comunicarnos cómo estaba todo. En aquella zona de la ciudad conocía cada jardín, cada sombra, cada huella en el camino entre los huertos. Unos robles altos en medio de todo un cenagal, arbustos, fosos. Nos arrastrábamos por una zanja seca hacia la alambrada que cercaba la ciudad. A una distancia de unos cien metros estaban los búnkeres italianos y, en medio, los guardias. De la alambrada colgaban latas vacías que hacían ruido si alguien tocaba el cerco.

Todo lo demás era cuestión de técnica. Había que llamar haciendo sonar las latas de conserva. Los guardias se dirigían a los búnkeres y de los búnkeres salían ráfagas de ametralladora. Inmersos en aquel estruendo podíamos hacer nuestro trabajo con mucha más facilidad. Apoyábamos una tabla de madera, que habíamos escondido en la zanja, a la alambrada, hacíamos pasar a la gente por ella, luego retirábamos la tabla, la volvíamos a esconder en la zanja y regresábamos a casa de la señora Marta, donde nos esperaba una buena taza de café caliente. Claro está que cuando los alemanes pasaron a ocuparse de los controles, dejamos de pasar a la gente.

¿Por qué los nuestros no me permitieron ir al bosque entonces?

Al otro lado esperaba nuestra patrulla. Todos me conocían. ¡Jakob! Y aquí, soy un extranjero en Jerusalén.

Y a fin de cuentas, ¿qué me molestaba? ¿El orgullo herido? ¿O es que tal vez tenía miedo? Después de todo aquel tiempo, había puestas mi destino en manos desconocidas. Iba desarmado, sí, y además tenía documentación falsa y un salvoconducto para los nuestros cosido en la chaqueta. ¿Era Vesna quien me inquietaba? ¿Qué diablos me destrozaba los nervios? Todos los que me conocían sabían que no era ningún enclenque. Estaba acostumbrado a dirigir la acción, esa es la verdad. Pero aquí era Janez quien estaba al frente; detrás venía Vesna y a continuación, Miško; después se producía un largo intervalo, y en la cola aparecíamos yo y el hombre taciturno vestido de negro, que parecía que llevara un féretro. ¿Y quién venía detrás? La campesina y las gallinas, claro está. Y si llegasen a cercarnos allí, como mucho podría salir corriendo, suponiendo que me dieran la oportunidad. Ya estaba durando demasiado todo aquello.

Volví a la habitación. En la comisura de los labios tenía un cigarrillo encendido. Vesna y Miško parecían disgustados conmigo, a juzgar por las miradas que me lanzaban.

Justo después entró Janez.

—Vais a tener que esperar aquí un poco más —dijo—. Yo vuelvo a la ciudad. Pronto tendréis noticias de Ciril. Él os contará el resto.

¿Ciril? ¿Quién es Ciril?

—No salgáis —nos pidió también.

—La mayoría no nos hemos movido —dijo Vesna, y me lanzó una terrible mirada.

—¿Cuándo nos iremos? —le pregunté a Janez.

Pero Janez no estaba dispuesto a responder.

—No tenemos ningún bote —farfulló entre dientes.

—Pues vamos nadando —bromeé.

La expresión de Janez era seria. Antes de irse dijo:

—No os preocupéis. Esperad aquí. Ciril os dirá qué hay que hacer y cómo. ¿Lo habéis entendido?

Vesna se apresuró a asentir con la cabeza. Janez se fue. Me di la vuelta y lo seguí. Cuando iba a alcanzar la puerta, Vesna dijo irritada:

—¿Y adónde vas ahora?

Me volví hacia ella. Vesna se explicó:

—En el campanario los Blancos tienen apostado a un guardia. Desde allí se ve todo el pueblo.

Increíble, ¿no? ¿Y bajaba del campanario cada vez que llegaba alguien de la ciudad? ¿Y no habría guardias debajo de las sábanas?

Me limité a sonreír a aquella muchacha que en aquel momento había perdido todo su encanto y había adoptado el papel de comandante. Tenía razón, pero no sabía que yo no necesitaba que me dieran lecciones. Ya tenía una idea clara de lo que era la disciplina. De niño había sido escolta. Después me dediqué al deporte. Y, a fin de cuentas, llevaba colaborando con el Frente de Liberación desde sus inicios. La disciplina no me indignaba. Era otra cosa lo que consideraba repugnante. No soportaba a los que luchaban continuamente por conseguir el poder, como lobos que pelean por ocupar el primer puesto en la jerarquía de la manada. En los patios de los colegios, en las agrupaciones de escoltas y en las organizaciones deportivas; en las casernas, las prisiones, los hospitales y hasta en el cementerio, siempre la misma lucha por subir otro peldaño de la jerarquía. En cada hombre hay una víctima y un tirano, un opresor y un oprimido; y solo porque no todos podemos ser tiranos, la humanidad se divide en opresores y oprimidos. Es sabido que el marido calzonazos suele ser el jefe más autoritario. En unos sitios somos víctimas; en otros, verdugos, tanto si nos damos cuenta como si no. Pero las mujeres tienen un olfato especial para saber quién es el más importante del grupo. Todas quieren un vencedor que les pueda proporcionar seguridad.

Esperamos y esperamos.

Ciril, que resultó ser el campesino que había salido con Janez, apareció por fin y dijo que teníamos que pasar la noche allí, puesto que no sería hasta la mañana siguiente cuando vendría un bote a por nosotros.

La campesina nos dio leche y pan.

Fuimos al granero a dormir.

Me quité los zapatos y los puse junto a mis pies; luego me quité el abrigo y lo usé de cojín. Los demás también se echaron. Antes de quedarme dormido oí que entraban otras personas y se acostaban en la paja.

El olor de la paja fresca.

El heno de los marjales tiene un olor particular, más intenso, más jugoso.

En la oscuridad, en algún rincón, alguien empezó a roncar.

Dos hablaban en susurros, una conversación incomprensible sobre Dios sabe qué.

Estaba nervioso y no podía dormir. Me volvía a un lado y a otro, me ponía de lado, con la mano en la mejilla para que el heno no se me clavara en la piel ni se me metiera en las orejas. Me encendí un cigarrillo y todos se me echaron encima: vas a provocar un incendio. No sabían que nunca me había quedado dormido fumando. Habría tenido la precaución de aplastar con pulso firme la colilla en la caja de cerillas y guardarla allí. Las prohibiciones son para los indisciplinados, para la gente poco cuidadosa, para los distraídos, para los neurasténicos. Pero por culpa de ellos tenemos que sufrirlas los demás, como yo, que nunca vertería una sola gota de vino sobre un mantel blanco, nunca dejaría caer ceniza del cigarrillo en un suelo limpio y nunca me enrolaría en un ejército que ocupa tierras ajenas. Una vez presté un ejemplar de *Resurrección*, de Tolstoi; cuando me lo devolvieron, encontré dentro del libro una loncha de salami y las hojas perdidas de aceite. Cuántos detalles como este dividen a la gente. Sabemos que a muchos les da igual llevar las solapas de la chaqueta manchadas de *gulasb*.

Pensé en otros ejemplos de aquel tipo de detalles que, al fin y al cabo, no son tan insignificantes, puesto que separan a la gente en categorías, en grupos, y crean vínculos y diferencias. Pongamos por caso el mero placer o descuido a la hora de lavarse los pies, llevar calcetines

limpios, limpiarse las uñas y cepillarse los dientes, lavarse el pelo y asearse los genitales. Luego todas estas cosas conforman nuestra visión del mundo. Nuestra relación con la naturaleza. Cuando veo una puesta de sol siempre temo que alguien grite, apasionado, melancólico, extasiado, ruidoso: «¡Oh! Qué puesta de sol más maravillosa, o bonita, o magnífica, o sublime», y me la estropee.

Seguí divagando hasta que sucumbí a un sueño intranquilo, amenazado por pesadillas desagradables: me arrastraba por una tierra desconocida y oía las voces susurrantes de los que me perseguían por todas partes; después recorría las calles de una ciudad en calcetines, ya que probablemente había olvidado ponerme los zapatos. Aquellos sueños asfixiantes me iban despertando, aunque por fin me quedé dormido.

Me levanté de un salto. Con una mano cogí los zapatos y con la otra, la ropa. Ya estaba en la puerta cuando me di cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—¡Son los Blancos! —gritó alguien con voz ronca.

Oí que todo el mundo se levantaba, jadeaba, se lamentaba, correteaba; y fuera ya habían sonado algunos disparos y gritos de «¡alto!».

Cuando salí a campo abierto, estalló un trueno y vi una larga llama que resplandecía en el cañón de un fusil a una distancia inquietantemente corta. Distinguí varias sombras que corrían. Gritos ahogados e imprecaciones salvajes. Un nuevo disparo, algo más lejos. Y gritos:

—¡Panda de bandidos! ¡Alto, desgraciados, alto!

Rodeé el henal y corrí entre los árboles del huerto. Hubo otra ráfaga, corta.

— ¡Alto! —resonó una voz.

—¡Los alemanes! —gritó una mujer.

A mis espaldas oí un correteo, pero no podía saber si se trataba de otro fugitivo o de un cazador. Por si acaso, torcí a la izquierda en dirección al bosque. El terror a que me atraparan me hacía correr

como un demonio. Pasó un buen rato hasta que me di cuenta de que iba descalzo. ¡Vaya! Tenía los zapatos en las manos, y también la ropa. Los pasos del que iba detrás habían cesado, la oscuridad nos envolvía por completo. Agucé la vista; delante de mí tan solo había hierba. ¿Estará el bosque aún más a la izquierda? Debía ser prudente, pero quería calzarme. Tenía los calcetines mojados y sucios, seguramente porque me había metido en el barro. Allí los arbustos eran más grandes, eran avellanos. Me escondí entre ellos, me puse los zapatos y esperé a ver qué ocurría.

Hojas en el suelo bajo los avellanos. Me agazapé y escuché. Todo había quedado en silencio, excepto unas voces provenientes de las casas o tal vez del camino que llevaba al pueblo, imposible saberlo.

Una voz parecida a la de un hombre me llegó desde muy cerca. Me puse tenso y apreté los puños.

—¿Vendrán por aquí? —me preguntó en un susurro la voz de hombre.

Todo se aclaró en aquel instante. Él también les tenía miedo, también era un fugitivo, no representaba ningún peligro.

—Creo que no vendrán —le contesté por decir algo—. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Como usted. Solo que un poco antes; no podía dormir. Estaba en el henal. ¿Usted también?

—Yo también. Pero dormía como un tronco.

Aquel hombre se me acercó. Los ojos se acostumbraron a la oscuridad y aquella figura cambiante acabó materializándose. Me pareció que llevaba barba y bigote.

—No vendrán —dijo—. Aparece con frecuencia una patrulla por la noche, disparan un poco de plomo y se van.

—¿Es de aquí?

—No. He llegado hoy de la ciudad.

—Yo también.

Después de habernos olfateado, él habló primero:

—Pero si hemos venido juntos. Con Janez. Yo iba el último.

—¿Vestido de negro?

—Sí. Me llamo Anton.

—A mí me llaman Berk. Pero mi nombre es Jakob.

—¿Berk?

—¡Sí, Anton! ¿Qué va a pasar ahora?

—Nada. Es muy raro que vengan dos veces la misma noche. Esperaremos un poco y veremos qué pasa; nos costará dormir después de todo este ajetreo. ¿Tiene por casualidad un pañuelo de sobra?

—Sí.

—No sé con qué habré tropezado. He caído de bruces. Parece que tengo un buen corte en la mano, está sangrando.

Le pasé un pañuelo y le ayudé a vendarse la mano. Aquel hombre silencioso hablaba de una manera muy sensata; no era la misma persona que nos había acompañado a lo largo del camino...

—Nunca antes había corrido tanto —dijo, y pareció reírse para sí mismo—. Aunque he tenido que salir corriendo muchas veces.

—Pero de este modo... desarmados... —me quejé también.

—No se preocupe. Tendrá armas y munición de sobra —pensó en voz alta. Y lo dijo como un hombre que sabe lo que dice y está seguro de ello.

—Vamos a aguantar hasta el final. Ahora ya no va a durar mucho.

—No será usted uno de esos optimistas. Yo creo que aún puede durar muchos años.

—¿Años? ¿Es que se ha vuelto loco?

—Me consuela escucharlo. Pero ¿de verdad es usted tan ingenuo?

—¿Años, dice? Suena fatal. Especialmente esta noche.

Miramos hacia el pueblo, donde todavía se oía ajetreo y gritos. Al cabo de un rato, el hombre que estaba a mi lado se puso a hablar como si estuviera dando una conferencia:

—Cuando los alemanes llegaron a Moscú, Stalin dijo: «Habrá que aguantar un año más, dos como mucho». Después nadie se atrevió a dudar de aquella previsión. Los aliados se retrasan. ¿Cuándo terminará la guerra? El pueblo alemán es peleón. El japonés también.

A Occidente le da igual que se derrame sangre alemana o rusa. Lo importante es que ningún soldado alemán ponga un pie en tierra americana o inglesa. A Rusia la salva y la destruye su enorme territorio: hay partes de la Unión Soviética donde la guerra es vista como una cosa de dos o tres repúblicas occidentales. Al fin y al cabo, para muchos el conflicto ruso-finlandés fue tan solo un problema del Distrito Militar de Leningrado.

—Espera, espera —repliqué. Todo en mí se rebelaba ante la perspectiva de tener por delante varios años de guerra—. Después de Stalingrado y de la derrota alemana en el norte de África, la situación es muy distinta.

—Sin lugar a dudas —siguió con frialdad mi interlocutor—, podría haber sido mucho peor si los alemanes hubiesen entrado por el Cáucaso y hubiesen tenido éxito en el norte de África. Entonces Turquía habría entrado en la guerra con el bando del eje. Y si los japoneses hubiesen conquistado Birmania, y si la India no hubiese tomado partido por los aliados, y si los alemanes se hubiesen unido a los japoneses en Asia y hubiesen alcanzado los nuevos yacimientos de petróleo... En fin, hay todo un ejército de variables en cualquier guerra.

Se interrumpió. En el pueblo que teníamos delante se había hecho el silencio. No se oía ni un susurro. El hombre continuó:

—Es muy difícil vencer a los alemanes. Los ingleses se toman la guerra como una especie de deporte. —Y añadió con una pizca de maldad—: No les vendría mal probar un poco de ocupación alemana. Los americanos van a la guerra como si fueran cowboys. Para los rusos es una verdadera tragedia; saben morir. A los alemanes los mueve una especie de pasión primaria. Conservan una fe teutónica en sus armas, tienen a su propio dios y se comportan como los personajes de una ópera heroica. No creerán que han sido vencidos hasta el final. Y aunque el año 1918 se repita, seguirán sin creérselo. ¿Qué son veinte años en la historia? Para ellos, la derrota de la Primera Guerra Mundial no fue más que una lección. Una lección

que malinterpretaron, amigo mío. Están convencidos de que les faltó muy poco para ganar. Y ahora son condenadamente poderosos. Basta con contar los territorios que poseen. Pasará mucho tiempo todavía antes de que su potencial bélico quede destruido. Se habla de provisiones enormes de gas y armas químicas. Nadie sabe a ciencia cierta de dónde sacan tanto aplomo, tanta fe en el dios alemán de la guerra. Por eso, no seas ingenuo. Mira las cosas tal como son.

Me estaba tuteando, aunque no sabía cuándo había empezado a usar el *tú*.

—¿Y cuánto tiempo crees que va a durar esto? —le pregunté.

—No seas estúpido. Yo no soy ningún profeta. Seguro que no será la guerra de los treinta años. Dos... tres años... qué se yo. El final llegará cuando la situación haya madurado. Ahora mismo es evidente que todo está muy verde.

Sonreí.

—¿Te hace gracia? —me preguntó con brusquedad.

—No es lo que parece. Te he recordado andando detrás de mí por el camino. Pensaba que no sabrías ni contar hasta cinco. ¿Por qué estabas tan callado?

—¿Callado? ¿Has intentado hablar alguna vez con novatos? Si os hubiera dicho que la guerra no va a terminar mañana, me habrías saltado encima. ¿O tendría que haber hablado de lo bella que es la naturaleza?

—¿Te puedo preguntar a qué te dedicas?

—Dejemos a un lado las preguntas personales. Al menos hasta que pasemos a la otra orilla del Ljubljanica. ¿No crees que deberíamos ir a ver cómo están las cosas en el pueblo?

Salimos a gatas del avellanar.

Tranquilidad y silencio. Como si no hubiera pasado nada.

En la casa que había a la entrada del pueblo vimos una lámpara encendida. Me arrastré hasta la ventana y el hombre de negro se quedó a mis espaldas a una distancia prudencial. La habitación estaba vacía.

Nos acercamos a tientas a la puerta trasera de la casa. La oscuridad es buena cuando esconde al perseguido, pero mala cuando también esconde al perseguidor.

Pisé algo blando, algo que se movió bajo mis pies, ¡una persona! Casi no pude contener un grito de terror. La persona susurró con voz femenina:

—¿Quién está ahí?

Su voz contenía tanto miedo que me infundió valor.

—Hemos vuelto —contesté.

Era Vesna. Una Vesna completamente diferente a la de la tarde; ahora temblaba de miedo. No sabía si había alguien en la casa, pues había huido y después había vuelto. No sabía nada.

Entré en la casa sin preocuparme por no hacer ruido. En el vestíbulo no había nadie, tampoco en la habitación. Cogí una lámpara de petróleo, le di mecha y recorrí toda la casa. Estaba vacía. Dejé la lámpara en la mesa del vestíbulo y volví a salir fuera. Había tres personas: el hombre de negro, Vesna y una campesina. Ciril había ordenado que nos reuniéramos y esperásemos en el patio. Los Blancos habían cogido a dos y se los habían llevado. Otros dos se ocultaban en el henal. Y habían encontrado la barca escondida en la orilla del río y la habían hundido. Ciril había ido a por otra. A Vesna le preocupaba que volvieresen en algún momento de la noche. Podía ocurrir. Pero siempre aparecían armando estruendo por el camino. Eso la alivió, y empezó a explicarnos que hasta entonces los nuestros no la habían dejado ir al bosque, pero que al final los había convencido... Era como si se disculpara, ante nosotros o ante sí misma, por haber ido a la guerra justo cuando la victoria estaba a la vuelta de la esquina. No parecía que se diera cuenta de que el hombre de negro y yo la escuchábamos sin abrir la boca.

Aparecieron los dos del henal. Uno de ellos era Miško. Nos contó que las balas le habían pasado silbando junto a las orejas y que se había tirado a la zanja y había caído encima de «este de aquí», un tipo pequeño al que hasta entonces no habíamos visto, alguien de otro

grupo. ¿A quién habían cogido? Nadie lo sabía. Al cabo de una hora o así se nos unió otro fugitivo, completamente empaado; se había caído al pantano y había conseguido salir de él.

La primera luz del amanecer iluminaba las montañas del sur cuando Ciril vino a por nosotros.

Lo seguimos en silencio por el prado sin saber qué había pasado por la noche.

Una niebla blanquecina se había posado sobre la superficie oscura del perezoso río. Distinguí los árboles de la orilla opuesta. Empezaba a clarear.

Ciril se acercó los dedos a la boca y silbó. No hubo respuesta.

Nos quedamos en silencio a la orilla de aquel cenagal. Cada vez había más tensión.

Ciril volvió a silbar. Esta vez sí llegó una respuesta del otro lado: un silbido breve. Ciril asintió con la cabeza; todo estaba en orden. Pero no nos miró. Sabía que todos los ojos estaban puestos en él.

Empezamos a discernir la forma de la barca que se acercaba sin hacer ruido desde la orilla opuesta. Un remero iba de pie en ella.

—La otra orilla es tierra liberada —dijo Ciril.

A medida que se acercaba la barca, tenía más ganas de hablar.

—Tanto los Blancos como los alemanes patrullan esta orilla de día; la otra está en poder de los partisanos. A veces se disparan. Cada uno se pone a cubierto, se acomoda, y dispara al azar. Vosotros tenéis la suerte de iros, nos recordó, pero yo he de quedarme aquí.

¿Qué había pasado por la noche? Nada especial. Patrullaban el pueblo de vez en cuando. ¿Era cierto que se habían llevado a dos? Se decía que solo a uno.

Ciril se puso furioso:

—¿Es que tenéis que dormir como lirones? Esto es la guerra. En la guerra se duerme con un ojo abierto y el oído atento. Yo duermo al raso para no tener que salir corriendo.

—Nosotros también lo habríamos hecho, pero nadie nos lo recomendó —dijo Miško.

A la luz temprana de la mañana, Ciril le lanzó una mirada de desprecio, pero después sonrió y dijo:

—En el ejército todo es un fastidio, siempre esperando órdenes...

La barca llegó y subimos a ella. Ciril, inmóvil, nos miraba desde la orilla. El remero era un campesino esbelto.

El río era lo único que nos separaba de la tierra liberada. Al otro lado estaban los nuestros. Allí estaba nuestra tierra. Allí no había alemanes ni Guardia Blanca. ¡Qué lenta avanzaba por el agua aquella maldita barca! Allí no había ejército de ocupación ni policía. Allí nos esperaban nuestras cosas, las cosas que habíamos enviado y que podríamos recoger de un momento a otro. En mi bolsa tenía, por ejemplo, mi equipo de esquí, mis botas, mis calcetines de lana, mi pulóver grueso, mi gorra de piel, y un montón de cosas que seguramente iba a necesitar; también tenía mi revólver, mi fiel Walter.

El río fluía muy lento, apenas se oía nada a esas horas de la mañana.

Miré hacia la otra orilla, la orilla a la que nos acercábamos, y casi me caigo al agua. ¡Dos soldados italianos armados con metralletas! Dos soldados altos, anchos de espaldas, esparrancados, con botas altas.

Los primeros partisanos. Una patrulla. Nuestro ejército. Nosotros.

Vesna se lanzó a abrazarlos.

Y debo admitir que en aquel momento a mí también me embargó un entusiasmo similar.

Lancé una última mirada a la orilla que acabábamos de dejar. Ciril ya no estaba.

Los dos partisanos llevaban una estrella de cinco puntas de fieltro cosida burdamente en la gorra.

Bastaba con cruzar el río en una barca baja y medio podrida para alcanzar un mundo nuevo. Del imperio de Hitler, aquel imperio de superhombres y esclavos, habíamos llegado a nuestra propia tierra. Y aquella frontera no estaba dibujada en ningún mapa.

Unos años después de la guerra estuve más o menos en aquel sitio a la orilla del río e intenté recordar lo que había sentido al cruzar aquella gran frontera de agua.

Conservaba muchos recuerdos de la orilla que había dejado, del territorio que entonces pertenecía a Alemania; recuerdos que conformaban escenas de una película alemana de antes de la guerra: soldados de la esvástica avanzando victoriosos con grandes zancadas, bombarderos Stuka que causaban vértigo desde el cielo con su ruido ensordecedor, el estallido de los cañones, los discursos de un hombre con un bigote cuadrado, una pobre criatura andrajosa tambaleándose, con una tablilla que le colgaba del cuello donde se leía «*Ich bin Bandit!*»;* bandas militares, ovaciones, banderas.

En nuestra orilla, el futuro era nebuloso. Esperanza. Ánimos. Curiosidad. Dos muchachos libres con el uniforme italiano e insignias de los partisanos en la gorra apenas podían reprimir los abrazos y los besos de Vesna, a quien las lágrimas le rodaban por las mejillas. Anton, el hombre de negro, lo observa todo con frialdad.

Cuántas cosas se nos ocultaban cuando cruzamos el río.

Yo no sabía que sobreviviría a la guerra.

No sabía que más tarde tendría hijos y que nunca podrían llegar a imaginarse cómo había sido todo aquello.

Tampoco sé cómo fue la experiencia de mi padre, que combatió en la guerra de 1914. Estuvo a unas decenas de kilómetros de aquí, en el famoso frente del Isonzo, bajo el mando del entonces joven comandante von Paulus. En el bando enemigo estaba el todavía desconocido Ernest Hemingway. ¿Cuántos meses pasaron hasta que von Paulus, como mariscal de campo, firmó en Stalingrado la capitulación del numeroso ejército alemán, diezmado y cercado? Sí, si un niño hubiese nacido aquel día habría sido concebido aproximadamente en el momento de la capitulación.

* «¡Soy un bandido!»

A poco más de diez kilómetros de allí, en el año 1918, el oficial serbio Švabič rompió el frente de los italianos y estableció, con su modesto batallón, nuestra frontera occidental, desde Vrhnika hacia adelante. Mi padre entonces llevaba dos años muerto; había caído en algún sitio de Besarabia como comandante del batallón de asalto bosnio. En nuestra familia hacía seis generaciones que ningún hombre moría en la cama. Todos soldados, pero sin ninguna medalla.

Me avergüenza confesar que, en aquel momento, al dar los primeros pasos por suelo liberado, deseé con todas mis fuerzas que la guerra no terminara demasiado pronto, que durara por lo menos uno o dos meses más.

Vesna volvió a dedicar toda su atención a los dos partisanos armados que hablaban con Miško. Miško no andaba, flotaba junto a aquellos que luchaban por la libertad, les hacía muchas preguntas, se reía y se regodeaba como un niño recreando nuestras aventuras. Vesna se puso de mal humor, no había manera de hacerse notar. Intentó explicarnos dos o tres veces lo mal que la habían tratado en el calabozo, pero nadie la escuchaba.

Yo no sabía que mis notas presentarían a Vesna como una mala caricatura de ella misma. Ni tampoco que la mandarían a los cuarteles, engordaría y se le pondría un culo enorme.

No sabía cómo iba a terminar. No sabía que en un ataque al cuartel intentaría escapar y recibiría un disparo en la parte más gruesa del cuerpo. Que la cogerían aún viva. Los Blancos. Que la torturarían y al final la matarían.

No sabía que Anton, aquel hombre frío y tranquilo que vestía de negro, moriría de forma imprevista ante mis ojos, poco antes de que terminara la guerra.

No sabía que algún día, muchos años después de la guerra, iría a España sin pensar en el general Franco, y que recordaría aquellos caminos, aquellos sauces, aquellos prados, aquellas charlas en una mañana de octubre, cuando, a lo lejos, en el pueblo de Kot, cantaban los gallos.

CON SUPERIOR PERMISO
Y SI EL TIEMPO NO LO IMPIDE
SE PICARÁN, BANDERILLEARÁN
Y SERÁN MUERTOS
7 HERMOSOS Y BRAVOS TOROS
DOMINGO, TARDE 17.30
Manuel Benítez «El Cordobés»
con sus correspondientes cuadrillas.
7 hermosos y bravos toros
de la ganadería de herederos de Don Carlos Núñez.*

¿Quiere que pongamos su nombre en mayúsculas en el póster
entre los toreros? ¿En un póster original de 54 por 97 cm?

MY NAME IS
MON NOM EST
MEIN NAME IST
IL MIO NOME E

TUOTTAKAA MIELLYTÄVÄ YLLÄTS YSTÄVILLENE PAINATTAMALLA
HEIDÄN NIMENSÄ TODELLISEEN HÄRKÄTAI-STELUJULISTEESEEN!

DONNEZ À VOS AMIS LA SURPRISE EN IMPRIMANT VOTRE NOM SUR
UNE AFICHE VÉRITABLE DE COURSE DE TAUREAUX !

GIVE A PLEASANT SURPRISE TO YOUR FRIENDS BY PRINTING YOUR
NAME...

* En español en el original. En adelante, las expresiones en español están en cursiva. (*N. del T.*)

Por la carretera, vestido con unos pantalones cortos, se acercaba un enérgico alemán con el pelo gris, acompañado de su mujer. Supuse que había sido oficial. Tenía una cicatriz importante en el muslo derecho y su cabello ralo cubría otra cicatriz en la cabeza.

Todavía no sabía que su nombre era Joseph Bitter.

Caminaba y yo me puse a caminar tras él como si fuéramos juntos.

Kilómetros y kilómetros de bañistas en la arena de las playas, donde se hace difícil poner una mano en el suelo sin tocar la piel de una persona.

Hice de manera que Joseph Bitter y yo nos conociéramos en la hacienda donde «actuaban los mejores caballos andaluces y los mejores jinetes».

Cuando se puso el sol tras la montaña empezó la función de los sementales andaluces.

Joseph Bitter llevaba unos pantalones largos de lino y su mujer, un vestido verde turquesa.

Lo había visto en la entrada, donde ofrecían hamburguesas con unas rebanadas de pan en una cesta a los visitantes.

Un poco más adelante había barbacoas donde podíamos asar longanizas.

Y en la barra daban de beber.

Mientras esperaba la actuación de los mejores sementales andaluces me apoyé en un muro de cemento cerca de Joseph y empecé a hablar con él en un alemán bastante fluido. Cosas sin ninguna importancia. Sobre la industria turística española. Sobre los precios, que aún eran bajos. Sobre el tiempo.

Se trataba de un hombre serio. La mujer no entraba mucho en la conversación y la mayoría de las veces se mostraba de acuerdo con su marido.

Después del espectáculo fuimos a una carpa y cenamos sentados en una de las mesas largas. Premio para los comensales más ruidosos.

¿Pollo con ensalada? ¿Lomo de cerdo?

Atrapados en aquella inmensa maquinaria turística era indecente hablar del futuro del planeta.

¡Abierto todos los días! *Open every day! Oppet varje dag!*

Tenía curiosidad por saber el nombre de aquel desconocido que, sin quererlo, había despertado en mí la nostalgia por aquella guerra pasada, ya lejana.

Pero era un hombre muy reservado. Hablaba de todo, salvo de sí mismo.

Tenía la creciente sensación de que aquel hombre debía de haberse sentido muy cómodo con el uniforme de la Segunda Guerra Mundial.

No me atreví a importunarlo demasiado. Su mujer sonreía cortésmente y le decía de vez en cuando: «Sí, sí, por supuesto».

¿Qué piensa usted de la poesía? ¿De la poesía? «Debe haberla también, a fin de que uno sea una persona completa.»

¿Un aperitivo? ¿Sangría? ¿Bevanda? ¿Patatillas? ¿Aceitunas rellenas?

Un hombre firme e inquebrantable, ese Joseph Bitter. Decía que la corrida era una costumbre muy antigua de los españoles.

A la mañana siguiente tuve un feliz encuentro con él. Una mañana maravillosa. Hacía sol y soplaba una brisa del noroeste. Una cafetería animada, llamada La Paz, con mesitas en la acera. Me senté a su lado como si fuera un viejo conocido, me preguntó cómo había dormido y ambos celebramos que todavía hiciera buen tiempo. Me esforcé en distraerlo. Un rato antes había comprado algunos periódicos que salían en varias lenguas y había leído las noticias más importantes. Él y su mujer solo leían alguna revista alemana, así que tenía muchas novedades que contarles.

Un funcionario deshonesto había robado a un suicida. Los americanos estaban preocupados por la escasez de carne de vaca para los bistecs. Ulbricht había muerto y nadie había llorado por él, excepto los directores de películas sobre deporte.

¿Sabe inglés? Sí, un poco. En 1945 fui prisionero de los americanos durante unos meses. ¿Y qué se podía hacer encerrado? Pues

estudiar lenguas, por ejemplo. Su hermano había sido prisionero de los rusos. Y su mujer añadió:

—¡Casi dos años!

La comida era muy mala. Su casa había sido bombardeada durante la guerra. Y su tío cayó prisionero en Stalingrado. Recibieron noticias suyas un tiempo, hasta que enfermó y murió.

—Bueno, así es la guerra —dijo ella con un suspiro.

El F.C. Barcelona ofrece al Ajax un millón de dólares por su estrella Johann Cruyff.

Insistí en pagar la cuenta. Nos fuimos juntos.

Averigüé su nombre y apellido cuando le dije que cogiera un póster donde íbamos a poner su nombre.

—¡Ah, qué bien, genial! —se rió y sacó una tarjeta de visita.

Joseph Bitter, el toreador con sus cuadrillas.

Ah, ¿que de dónde soy? De Trieste. Era mentira solo por unos cien kilómetros. ¿Italiano? No. Tengo raíces checas. De parte de madre. Del lado de mi padre, austríaco. *Schön, schön*, excelente.

—España es muy bonita —dijo su mujer.

Me invitaron a tomar una «cerveza bávara auténtica» en la Deutsche Bräuerei, en la carretera costera del Arenal.

A Joseph Bitter no le gustaba la pintura contemporánea. Ese Picasso, por ejemplo. Simples caricaturas. Muchas veces no sabías si el cuadro estaba del derecho o del revés.

¿Cómo podía ser que hubiese sido enemigo de guerra de Joseph Bitter?

Para empezar, por ignorancia. Yo no sabía que los aliados le habían bombardeado la casa, ni que los rusos habían cogido a su hermano y lo habían encarcelado en Stalingrado, donde la comida era muy mala.

Había sido un completo ignorante. E interiormente me había sentido desorientado. No era capaz de distinguir lo importante de lo trivial. Políticamente era un ingenuo y me atraían las ideas anarquistas. Tenía grandes esperanzas. Y esperaba recibir agradables sorpresas.

Creía que tenía suerte. Era un tipo alegre, fuerte, sano. Por eso no estaba preparado para una guerra larga y tediosa. Todo me interesaba. Mi memoria había registrado con todo lujo de detalle las imágenes de los viejos sauces que bordeaban los marjales. Y aquella chica alta, Vesna, que caminaba delante de mí, había logrado perturbarme. No había nada que me pareciera solemne, serio, oficial. Para mí, las banderas no eran más que retales de trapo.

Nunca había tenido paciencia para las ideologías. Todo el mundo parecía agitado por las ideologías pasadas, presentes y futuras. Y allí estaba yo, a punto de enrolarme en un ejército de ideología muy pronunciada, todavía aferrado a mis convicciones infantiles sobre las bondades de las relaciones humanas y a mi fe de escolta y deportista en el compañerismo y la lealtad.

Durante el tiempo que duró la guerra solo tuve miedo de una cosa: que me cogieran vivo.

En aquella época todavía no pensaba que mi participación en la guerra podía haber sido una pérdida de tiempo. Para Occidente formaba parte de la guerrilla comunista. Para los míos era un antiguo «escolta de izquierdas»; no un miembro del partido, sino un «idiota útil». Útil, claro está, hasta que dejas de serlo. Porque si no te andas con cuidado con lo que dices, puedes convertirte en un idiota inútil. Ya en el primer año de la ocupación me las tuve con Franc, el comisario de nuestro grupo. Me dijo que me fusilarían por mi «propaganda antisoviética». Franc afirmaba que después de la revolución no habría criminales, ya que en la nueva estructura social no habría motivos para serlo. Yo le dije que, en Rusia, precisamente después de la revolución la criminalidad había aumentado. Y él me respondió que estaba haciendo propaganda capitalista.

Eran tiempos poco propicios para debates de principios.

Muchas veces tampoco nos poníamos de acuerdo en asuntos prácticos. Una mañana de niebla, Franc nos ordenó que nos lleváramos a los marjales a uno que trapicheaba en el mercado negro y a quien habíamos desplumado a las cartas miles de marcos, y que

hiciéramos lo que se debía hacer. Pero yo lo llevé a la estación, le invité a desayunar y le compré un billete para Maribor, donde vivía. Nuestro principio era: si dejas a alguien con los bolsillos vacíos, al menos dale lo que necesita para los gastos más básicos. No lo hacíamos por bondad, sino por pura utilidad: así no se quedaría resentido y en el futuro no le importaría volver a sentarse con nosotros en la mesa de juego. Franc me odiaba a causa de mi falta de disciplina. Cuando se fue al monte me dijo:

—¡Ve con cuidado de no cruzarte conmigo por allí!

—No digas estupideces —le repliqué.

A Franc el Sanguinario, como le decían algunos, lo mataron los nuestros. Lo habían transferido y cayó en algún lugar de camino a su nueva unidad. Era un auténtico comandante; había ordenado varias ejecuciones por «falta de disciplina». En una ocasión, la indisciplinada resultó ser hija de un conocido miembro del partido, que quiso averiguar qué había ocurrido. Y la sangre que Franc había derramado se derramó en su propia cabeza.

Pero eso no significa de ninguna manera que yo tuviera razón.

A veces me parece un milagro indescriptible haber sobrevivido a aquella guerra.

De hecho, un par de años después de la guerra, me encerraron en nuestras prisiones por algún motivo —algo relacionado con el ZKLD, la ley de la nación y del Estado— y también conseguí salir vivo de allí.

Visto desde la Deutsche Bräuerei en la costa española, todo aquello parecía ridículo. En la mesa tenía algunos periódicos y tres libros que había comprado por la mañana: los relatos de Salinger, una novela de Solzhenitsin sobre la Primera Guerra Mundial y una colección de poemas de Mao Tse-Tung (edición americana, 120 pesetas).

Decididamente a Bitter le queda poco pelo. La brisa del ventilador me revuelve mi tupida cabellera. Los sensatos pierden pelo; los chiflados lo conservan.

No hay nada que demuestre que una persona es más necesaria que otra, o que alguien es absolutamente innecesario. Bitter es corredor de seguros y yo trabajo en la radio. Él conduce un Mercedes, que, por cierto, ya tiene tres años; y yo una DRW, que ya tiene siete. Y aquí estamos los dos, de vacaciones en España. Ya hace tiempo que vinimos al mundo. Joseph tuvo un infarto el invierno pasado. «El ser humano se estropea una y otra vez, constantemente. Pero no hay que darse nunca por vencido. ¿Derrotado? Sí, a veces. La derrota también forma parte de la batalla que es la vida. Sí, así es.» Y su mujer añade: «Claro, por supuesto».

Después de la guerra era difícil conseguir cosas. Bueno, ahora todo va bien. Joseph habla de forma lenta, monótona, prudente.

Miro el periódico y leo de pasada: «El poeta mexicano y marxista Octavio Paz afirma que Jean Paul Sartre es un “proletario dominiguero” y el “Diógenes del VI *arrondissement*”».

El dólar cae, sube el marco.

Unos secuestradores envían a unos padres la mano izquierda de su hijo.

Bitter dice que en el mundo nunca habrá orden.

Aquí, en algún lugar de España, hay unas escaleras de mármol blanco celebradas por cientos de poetas.

En la *jukebox* han puesto «Lili Marlene».

¿Otra cerveza? No, no, ahora no.

Vesna se volvió hacia mí, como si quisiera confiarme algo. Prometedor.

Anton caminaba como un autómatas.

Miško no paraba de hablar, pero los partisanos no le hacían ni caso, aunque él no se daba cuenta.

Vesna se inclinó hacia mí y me susurró:

—¿Qué tengo que hacer? Dios mío, ayúdame.

¿Qué iba mal?

No entendía sus palabras.

—¿Qué? ¡Ajá!

—Me muero de ganas de mear desde que hemos subido a la barca. (Por supuesto, no llevábamos ningún orinal a bordo).

¿Tengo que acordarme precisamente de esto ahora, en una playa española?

¡Autocares sin chófer! Rent a car! Calle Berlín, 17.

Lili Marlene.

No soy capaz de distinguir lo importante de lo trivial. O quizás todo sea igual de importante.

Está a punto de ver los toros negros de Salamanca.